

1. BIZANCIO EN ESPAÑA. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

A la hora de trazar la trayectoria de la investigación en España sobre el mundo bizantino, hemos de tener en cuenta la existencia de todos aquellos enfoques susceptibles de emplear en el estudio de una civilización, con la particularidad de que nuestro país, sin formar parte plenamente de ella, sí ha tenido una relación con ésta, en distintos aspectos y en diferente intensidad, a lo largo de su dilatado recorrido.

En este sentido, dentro de este «bizantinismo» diverso, que incluye varias disciplinas y varios períodos históricos, aquí nos limitamos únicamente a desarrollar aquello cuanto guarda relación con nuestro objeto de estudio, la documentación material bizantina en España durante el período en que parte del territorio de ésta pasó a estar bajo la soberanía de los *milites Romani*¹. Nos referiremos preferentemente, por tanto, a la evolución de la investigación arqueológica que se ha ocupado del estudio de lo «bizantino» durante esta etapa en nuestro suelo, tanto en la zona de dominio imperial, como en aquella otra que escapa a ésta, la visigoda; así como a los estudios históricos y artísticos centrados en las mismas coordenadas espacio-temporales, con los que tan estrechamente se encuentra conectada.

A este respecto, a pesar de que a primera vista no son muchos los estudios en este campo, un análisis más atento, permite advertir un vasto panorama en el que la «cuestión bizantina» se encuentra presente². Así, si bien es cierto que escasean las monografías consagradas a este tema, no lo es menos que proliferan los trabajos en los que de un modo u otro, obtenemos información al respecto.

1 Así para la evolución del bizantinismo desde otras disciplinas, *vid.* para el arte, CORTÉS ARRESE, 2002; o para la de más tradición, la filología, BÁDENAS DE LA PEÑA, 1993, p. 753-768.

2 En el presente apartado esbozamos únicamente una trayectoria de la disciplina, sin ahondar en cuestiones específicas de cada uno de los campos que incluimos en este trabajo, para cuya consideración remitimos a los apartados en donde se desarrolla su análisis concreto.

De todos ellos se desprende la idea de que se trata de una etapa problemática, no ya sólo por cuanto se refiere a su estudio en España, sino en su conjunto, en el que gran número de aspectos son objeto de debate, entre ellos, su misma denominación.

En efecto, aun cuando aquí empleamos el término bizantino de forma amplia, algunos autores apuestan por un uso más restrictivo, considerándolo tan sólo factible a partir del reinado justiniano o incluso del siglo VII, ante la consideración de que no es hasta esos momentos cuando podemos hablar de un Bizancio realmente bizantino. En tales ocasiones, se prefiere emplear el término protobizantino, cuando no los más genéricos de «Antigüedad Tardía» o «Alto Medievo», entre otros³.

Comoquiera que sea, se trata de una etapa de la Historia española que, a pesar de no haber merecido la misma atención que otros períodos, muy pronto empezó a ser considerada, ya en la misma Edad Media⁴. Así, ya poco después de haber finalizado la experiencia de los *militēs Romani* en suelo hispano, las mismas fuentes islámicas dan cuenta de ésta⁵, con testimonios como los de Ibn al-Qutiya⁶, Ibn al-Atir⁷, o al-Tabari⁸.

Por lo demás, dejando a un lado estas primeras menciones acerca de nuestra etapa, trazar el desarrollo de la bizantinística en España, como ya comentamos, comienza por diferenciar las trayectorias paralelas recorridas por la disciplina, en función de si toman como objeto de estudio las fuentes escritas, o por el contrario, las de carácter material.

Mientras que los estudios históricos comienzan tempranamente, en íntima unión con los de índole filológica, permitiendo así su desarrollo previo y como consecuencia de éste, la elaboración de balances ya en la década de los treinta del pasado siglo⁹, aquellos otros que atienden

3 En tal sentido, recoge la problemática, con la bibliografía precedente, CAMERON, 1998, p. 21. Igualmente, *vid.* las consideraciones al respecto de ARCE (2004, p. 10 y 2005, p. 22), quien considera prematuro hablar de Bizancio o bizantinismo en época de Justiniano e inmediatos sucesores, al tratarse, en su opinión, de un período plenamente tardorromano, para el que considera más acertada la denominación de Antigüedad Tardía o Imperio Romano de Oriente. También investigadores como PÉREZ MARTÍN (2003, p. 1-28), consideran preferible emplear términos alternativos como el de «prebizantino». Por nuestra parte, aclarada esta cuestión, en nuestro trabajo utilizamos de forma conjunta tanto términos propuestos ante tales consideraciones, como el de «protobizantino», por considerarlo el de más amplia, sino unánime aceptación; como igualmente el simple de «bizantino», pues, si perder de vista la cautela ante las realidades históricas mencionadas, y en consecuencia, su ambigüedad cuando no manifiesta inexactitud, se encuentra asentado. Por lo demás, alternaremos otras denominaciones, como la de referirnos a la etapa, territorio o cualquier otra categoría, como «imperial», respondiendo a la realidad política del momento, y en el mismo sentido, también aludiremos a éstas tanto en relación a la coyuntura que aquí nos interesa «*Renovatio Imperii*», como a los actores de la misma, los «*militēs Romani*».

4 Acerca del interés durante ésta, por todo lo bizantino, *vid.* GARCÍA MORENO, 1998, p. 32-48.

5 GOZALBES CRAVIOTO, 1999b, p. 357-365. Remitimos igualmente al trabajo de la profesora VALLEJO GIRVÉS (1993a), donde este acercamiento también es desarrollado, muy especialmente en relación a la caída de las últimas posesiones imperiales hispanas, *Septem* y las Baleares.

6 Éste, en el catálogo de los pueblos autóctonos de Occidente que pone en boca del conquistador Muza ibn Nusayr, menciona junto a vascos, hispanos (*al-isban*) y francos, a romano-bizantinos, citándolos como rúmies. Ibn al-Qutiya (ed. J. Ribera, 180-181), citado por García Moreno, 1999a, p. 327.

7 El historiador recoge que aún a mediados del siglo VII, concretamente en el 642, *Hispania* estaba bajo control bizantino, señalando que «*El emperador Heraclio recibía habitualmente los impuestos (jaray) de los reyes cristianos de Egipto, Ifriquiya y al-Andalus*» (Kamil fi-l-ta'rij, III, p. 44), recogido por MOLINA LÓPEZ, 1986, p. 209

8 El gran historiador oriental, que sigue a los primeros historiadores y geógrafos de los siglos IX y X, señala que «*Ciertamente, Constantinopla será conquistada a través de al-Andalus*», como recoge MOLINA LÓPEZ, 1986, p. 206 y 209.

9 CIRAC, 1939, p. 136. Sobre la importancia de estos estudios a partir de 1870 hasta el comienzo de la Guerra Civil, *vid.* VARONA CODESO, 2004, p. 515-542.

a la documentación material, objeto de nuestro trabajo, con rigor tan sólo empiezan a darse a partir del siglo XIX.

Obviamente, para estos momentos, por cuanto se refiere a esta última línea de investigación, nos encontramos con estudios que priman el enfoque artístico, de tal forma que, también centran su atención en la documentación de mayor reclamo estético. En este contexto, el hallazgo de las coronas de Guarrazar, y así, el conocimiento de una orfebrería áulica toledana, ya lleva a señalar la deuda que ésta guarda respecto al más potente foco cultural del momento, Bizancio.

En esta óptica se enmarcan estudios como el de J. Amador de los Ríos (1861)¹⁰, que además pone el acento en una cuestión que habrá de ser trabajada profusamente por la historiografía, el mantenimiento de una fuerte tradición latina en este arte, que él denominará arte latino-bizantino, y al que autores posteriores se seguirán refiriendo como moda latinomediterránea. La apelación a dicha moda, de modo amplio aplicable a un conjunto de manifestaciones materiales y en especial al campo de la toréutica, se empleará especialmente a partir de los años sesenta de la centuria pasada¹¹, por autores que también insisten en recordar que la misma viene acompañada de una penetración cultural latina de mayor alcance¹².

Este debate, y de forma amplia el interés por determinar en qué se concreta la presencia bizantina en el marco peninsular, guía los trabajos de principios del siglo XX, que son tanto de índole histórica¹³, como de carácter arqueológico, centrándose en este último caso sobre todo en la arquitectura.

Pertenecen a este momento estudios como los de J. Puig i Cadafalch¹⁴, que siguen la línea de los que ya en el siglo XIX habían tenido representantes como Pedro de Madrazo, para quien la arquitectura visigoda era una feliz combinación entre estructuras latinas y ornamentación oriental¹⁵. No en vano, también el desarrollo que en los años treinta registran los estudios arqueológicos sobre el período visigodo, tiene lugar igualmente bajo una óptica artístico-arqueológica, centrada en el análisis arquitectónico y tipológico de los edificios, así como de sus manifestaciones plásticas. Es éste el momento de los trabajos de Gómez Moreno o de Cayetano de Mergelina, el último de los cuales, también toca directamente los estudios bizantinos, con su trabajo acerca de la considerada basílica bizantina de Algezares¹⁶.

Con todo, el estudio concreto de la presencia bizantina se ve postergado frente al desarrollo de la arqueología visigoda¹⁷, en el que sólo ocupa un muy discreto segundo plano, cuando no incluso ni siquiera llega a contemplarse. Junto a las obvias razones de alcance temporal y espacial, así como el volumen de documentación material que, en función de éstas, disponemos de ambas, el auge del germanismo en las primeras décadas del siglo XX o el papel que posteriormente

10 AMADOR DE LOS RÍOS, 1861.

11 En este sentido, RIPOLL LÓPEZ, 1986, p. 58, quien recoge las obras de FINGERLIN, 1967, p. 159-184; y BIERBRAUER, 1980, p. 89-105.

12 DÍAZ Y DÍAZ, 1976, p. 109-115; e *Idem*, 1958, p. 813-844.

13 Así debemos destacar autores como GÖRRES, 1907, p. 515-538.

14 PUIG I CADAFALCH, 1924, p. 519-533.

15 Acerca de los pormenores de estos estudios sobre el mundo bizantino desde la óptica artística, *vid.* CORTÉS ARRESE, 2004, p. 497-513.

16 MERGELINA, 1940, p. 5-32.

17 PALOL, 1986 e *Idem*, 1991.

el régimen franquista habría de atribuir al pueblo godo en la formación del estado español, se encuentran entre las razones que explican esa evolución¹⁸.

No obstante, dentro de los mismos trabajos sobre el mundo visigodo, el hecho de que a partir de la segunda mitad de los años cuarenta se asista a un abandono relativo de las teorías germánicas en favor de aquellas otras que defienden una visión más integradora de los elementos godos, hispanorromanos y bizantinos, como constitutivos del mundo visigodo peninsular¹⁹, supondrá un estímulo para el estudio de la presencia imperial. Entre los nuevos investigadores, cabe destacar a H. Schlunk, quien, de forma amplia, plantea la cuestión del influjo bizantino en el arte visigodo del territorio hispano²⁰. Precisamente, esta cuestión de la influencia bizantina sobre el mundo visigodo ha sido la más desarrollada, y así, también alguna tesis realizada en aquel momento sobre la España bizantina, le ha dedicado un lugar importante, sea el caso de la del profesor Presedo²¹. No en vano, lo cierto es que dichas influencias son de lo más diversas, abarcando desde el derecho a los restos materiales²².

En cuanto a estos últimos, esa coyuntura de mediados del siglo XX, marca también el inicio de un mayor interés por los objetos muebles. A partir de este momento, se multiplican así los estudios que remarcan el posible origen bizantino de los continuos hallazgos que depara la cada vez más dinámica arqueología.

De modo muy especial, la numismática y la toréutica son los campos más trabajados²³, si bien no existe aún un claro conocimiento de los contextos materiales propiamente bizantinos, y la adscripción de los elementos es cuestionable, en muchas ocasiones sobre todo por un uso abusivo del mismo término bizantino, que engloba ampliamente aquello que es necesario diferenciar como bajoimperial o tardorromano de origen oriental; o también identifica como tal, lo que tan sólo es influencia de éste en producciones salidas de otros focos.

No obstante, lo cierto es que aún siguen primando los trabajos de carácter histórico, como los de P. Goubert, que trata especialmente sobre la administración o alcance territorial de la presencia imperial²⁴, o de otros autores que también indagan acerca de la delimitación temporal de este período, o en sus repercusiones para la vida eclesiástica de la época²⁵.

18 Vid. así MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 1934, p. 139-176, y de forma amplia, sobre estas coyunturas culturales y su repercusión en el relanzamiento de los estudios sobre el mundo visigodo, GARCÍA MORENO, 1990, p. 619-636; OLMO ENCISO, 1991, p. 157-160; *Idem*, 1992, p. 185-186; y LORING, PÉREZ y FUENTES, 2007, p. 337-352.

19 Vid. nota anterior.

20 SCHLUNK, 1945, p. 177-204.

21 PRESEDO VELO, 1954 (ed. 2003). Por lo demás, no faltan artículos centrados en esta cuestión, como los de GOUBERT, 1946, p. 111-122; y DITTEN, 1964, p. 257-290. En el mismo sentido, BRAVO GARCÍA, 2002, p. 123-165.

22 Así, acerca de la influencia «oriental» en la legislación, *vid.* LARRAONA Y TABERA, 1935, p. 83-182. En cuanto a las influencias sobre las distintas manifestaciones materiales, es tan amplio el abanico de ellas, que remitimos a cada uno de los apartados consagradas a ésta, para seguir esta cuestión.

23 Para la primera, un lugar especial ocupan los trabajos de Mateu y Llopis, que, además de síntesis globales, (1947, p. 310-320), también se centra en ámbitos locales, como hará con Mallorca (1945-1946, p. 249-251) o Menorca (1977). Por lo demás, en estos campos debemos destacar también los trabajos de WERNER, 1948, p. 110; RAMOS FOLQUES, 1949, p. 510; o muy especialmente, GRIERSON, 1955, p. 305-314, que, como veremos posteriormente, plantea la existencia de una posible acuñación de *tremisses* en Cartagena. También destacable, aunque se centra principalmente en el mundo visigodo, es el trabajo de ZEISS (1934), que recoge tanto piezas metálicas encuadrables dentro de grupos bizantinos, como el broche tipo Balgota de San Pedro de Alcántara, como otros resultantes de la influencia de éstos, como los numerosos broches liriformes.

24 GOUBERT, 1944, p. 5-78; *Idem*, 1945, p. 127-142; *Idem*, 1946, p. 71-134. Una valoración de sus aportaciones y bibliografía general en González Fernández, 1998b, p. 645-655.

25 TOVAR, 1940, p. 33-35.

Precisamente este último aspecto, y de forma más amplia, la vida cultural de la franja mediterránea peninsular, van vertebrando las nuevas investigaciones, entre las cuales hay que destacar la aportación de J. Fontaine²⁶. Este es el primer paso además, para una diversificación de las temáticas estudiadas, que ahora serán también militares²⁷ o comerciales²⁸, en un proceso que se acusa igualmente en el terreno de la arqueología. Hay que destacar así a P. de Palol, que, aun especialista en otro campo, el de la arqueología paleocristiana y visigoda, se ocupa también del estudio de los materiales bizantinos tanto en sí mismos, como por la influencia que ejercen en los contextos visigodos²⁹.

Y es que, de hecho, aún es difícil hablar de arqueología bizantina en España en tanto disciplina autónoma. Antes bien, la historia de la investigación, como hemos visto, nos la muestra en un primer momento como aspecto secundario de una arqueología visigoda —en la que, por otra parte, frecuentemente se señalan las deudas con respecto al mundo bizantino³⁰—, o bien después, integrada en una más genérica arqueología tardoantigua o paleocristiana³¹.

Sea de una forma u otra, en los últimos años los estudios sobre la presencia bizantina no han hecho sino avanzar de forma constante, de la mano de investigadores como L. García Moreno, que, aun trabajando especialmente sobre el mundo visigodo, también le ha dedicado su atención.³² A este respecto, culminando esos avances, es necesario citar el trabajo de la profesora Vallejo Girvés, autora de la síntesis más completa acerca de la España bizantina desde el punto de vista histórico³³.

En el marco de dichos trabajos se han planteado nuevas cuestiones que enriquecen cualitativamente la problemática. Así, algunos estudios ponen por ejemplo el acento sobre el componente social del proceso, considerando la inserción del desembarco bizantino en un contexto marcado por el conflicto entre dos formaciones sociales, el modo de producción antiguo, que pretende mantener la estructura estatal centralizada —llámese imperio bizantino, reino vándalo o visigodo—, y aquel otro modo de producción feudal ascendente³⁴.

Con todo, el resultado último es que el enfoque histórico sigue primando en la mayoría de trabajos, de tal forma que el avance experimentado desde el estudio de las fuentes escritas

26 Así el clásico *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, Études Augustiniennes, 1959. (2ª ed, París, 1983). También un tercer volumen nuevo, *Notes complémentaires et supplément bibliographique*. Sus líneas de investigación y bibliografía recogidas en VELÁZQUEZ SORIANO, 1994, p. 419-432.

27 Es sobre todo a partir de los años sesenta cuando comienza a tratarse el tema del supuesto *limes* grecogótico, en trabajos como el BARBERO y VIGIL, 1965, p. 271-339 (recogido como libro, *Idem*, 1984, p. 71-75), destinado a ejercer gran influencia en la investigación, como muestran artículos como el del GARCÍA MORENO, 1973, p. 5-22.

28 GARCÍA MORENO, 1971, p. 233-256; *Idem*, 1972, p. 127-154.

29 *Vid.*, así entre otras, PALOL, 1949, p. 127-150; y 1952, p. 217-218; en cuya obra es una constante la mención del eclecticismo que se da en las producciones materiales visigodas, conservando raíces romanas junto a aportaciones germánicas y orientales. Para su trayectoria como investigador, *vid.* RIPOLL y PERELLÓ, 1996, p. 7-11; y VILELLA y GURT, 1996, p. 17-24.

30 Campo donde a partir de los años treinta, van a destacar arqueólogos como E. Camps Cazorla, J. Martínez Santa Olalla, J. Pérez Barradas, W. Reinhart, B. Taracena, L. Vázquez de Parga o G. Nieto Gallo.

31 PALOL, 1989b; y 1994, p. 3-40.

32 *Vid.* así entre otros, GARCÍA MORENO, 1972, p. 127-154; 1973, p. 5-22; 1985, p. 121-147; 1993, p. 95-105; y 1996, p. 101-119. Del mismo modo, también enfocada hacia el estudio del reino visigodo de Toledo, si bien tratando sus conexiones con la presencia bizantina, hemos de citar la tesis doctoral de L. Olmo Enciso, «Presencia bizantina en la Península Ibérica. Siglos VI-IX. El proceso de formación del reino de Toledo» (1987).

33 VALLEJO GIRVÉS, 1993a.

34 MENASANCH DE TOBARUELA y OLMO ENCISO, 1991, p. 35.

es mayor al registrado por el de las fuentes materiales. De hecho, aún hoy, en el campo de la bizantinística siguen predominando también los trabajos de índole filológica, como hemos dicho, iniciados de forma temprana, mas no siempre con continuidad, aunque recuperados en los últimos años³⁵.

Es por todo ello, por lo que parece necesario acompañar los avances realizados desde esa óptica histórica y filológica, de síntesis arqueológicas que, además, estudien la presencia de los *milites Romani* en *Hispania* no de forma aislada, sino inserta en el marco más amplio de la *Renovatio Imperii* justiniana, cuestión que, poco a poco, se va mostrando más factible.

En efecto, en el marco del creciente interés que están despertando los contextos materiales de la Antigüedad Tardía en la arqueología peninsular, la presencia bizantina ha vuelto a ponerse de actualidad incluso más allá del espacio territorial directamente vinculado a ésta, donde se vuelve sobre el tema de las influencias orientales en campos como la plástica visigoda³⁶. Con todo, si bien el conocimiento de la *Spania* imperial se está viendo beneficiado por ese dinamismo de la arqueología tardoantigua o altomedieval³⁷, esto también ha supuesto que nuestro período se vea en ocasiones diluido en un genérico panorama, sin incidir en los caracteres diferenciadores que conlleva la presencia oriental respecto a otras etapas y ámbitos culturales, de tal forma que, en la negación de su especificidad, todavía sigue siendo demasiado frecuente que se obvie por completo la problemática bizantina en algunos balances³⁸.

Al mismo tiempo, lo cierto es que también existe un evidente desequilibrio en el conocimiento del espacio que experimenta ésta, y así, aunque cada vez son más numerosos los estudios para el Sureste, no aumentan al mismo ritmo los que hay para otros territorios de la zona imperial, muy especialmente para la zona oriental bética, correspondiente a las provincias de Almería, o Granada, o igualmente, para el norte de la actual provincia de Alicante, donde también radican centros vinculados a los *milites*, como *Dianium*.

En cualquier caso, las perspectivas son esperanzadoras gracias al gran número de líneas de estudio abiertas. Así, nuestro ámbito también participa en el debate sobre la supuesta decadencia experimentada en la Antigüedad Tardía, en donde, junto a la tradicional visión de «declive», dos ortodoxias marcan la historiografía: una «acomodacionista», y otra «transformacionista»³⁹

También la cuestión bizantina, como ya referimos, está pesando en el intenso debate que últimamente se está registrando en lo referente a la decoración arquitectónica y ampliamente la arquitectura religiosa. Así, si tradicionalmente se ha venido destacando la influencia bizantina

35 BÁDENAS DE LA PEÑA, 1993, p. 753-768; y 2002, p. 15-41. Igualmente, parte de la producción científica española de estos últimos años, se encuentra recogida en la guía bibliográfica realizada por BRAVO, SIGNES y RUBIO, 1997.

36 *Vid.* así los distintos trabajos recogidos en CABALLERO y MATEOS, 2000.

37 GUTIÉRREZ LLORET, 1995, p. 317-334. No obstante, muy especialmente en el marco temporal de inicio de ésta, el que aquí consideramos, aún no ha adquirido el peso con el que cuenta en ámbitos como el italiano (*Vid.* WICKHAM, 1999, p. 7-20; o GELICHI, 1999), siendo en ocasiones tributaria de los principios desarrollados por ésta.

38 *Vid.* así Izquierdo Benito, 1994, p. 119-127.

39 Respectivamente consideran el final del poder político romano como una experiencia esencialmente pacífica y no traumática; o todos los cambios de los siglos V al VII en términos de cambio más que de declive. Se trata de un debate en el que han surgido dudas en torno a la utilización de los mismos conceptos de decadencia, declive o deterioro, que, aun cuando la discusión dista de estar solucionada, parecen más apropiados para la historia económica o tecnológica, que para la intelectual, religiosa y quizá política. Para la problemática, posiblemente hay que aceptar la ausencia de respuesta única, dada la diversidad de situaciones, motivada por la divergencia de tiempos, ritmos e intensidad. *Vid.* en este sentido, las interesantes consideraciones recogidas en LIEBESCHUETZ *et alii*, 2001, p. 233-245.

sobre toda una serie de iglesias consideradas de época visigoda, hoy día un sector de la investigación mantiene que esas influencias son más ampliamente orientales, y al mismo tiempo no de fecha visigoda, sino de época paleoislámica, como postulan autores como L. Caballero Zoreda, señalando la vinculación con el arte omeya⁴⁰. No obstante, como veremos posteriormente, otros investigadores siguen defendiendo la datación tradicional, considerando las influencias artísticas como propias del mundo protobizantino⁴¹.

Lo cierto es que, de la mano de estos debates, se está produciendo un avance en el estudio de los contextos materiales de época bizantina en nuestro país, beneficiado también por la existencia de una serie de obras que han afianzado las líneas teóricas y metodológicas de la arqueología de este período⁴², como de toda una serie de síntesis regionales para esta etapa tanto en Oriente⁴³ como en Occidente⁴⁴.

En vista de éstas, por cuanto se refiere a la cantidad de trabajos, obviamente por ahora son indudables las diferencias entre los distintos ámbitos occidentales comprendidos en la *Renovatio Imperii*. Así, el contraste entre África y España es neto, reflejando no tan sólo diferentes magnitudes, sino también distintas líneas de investigación. De esta forma, si en el caso de África las líneas de cristianización y militarización se encuentran intensamente trabajadas⁴⁵, en España, por la misma naturaleza de los restos, apenas han merecido trabajos, y aquellos que sí incidían en estos temas son ya antiguos y con puntos de vista la mayoría de veces superados.

En nuestro país, sí cabe destacar el avance que de un tiempo a esta parte están experimentado sobre todo los estudios regionales⁴⁶ y locales, que, de forma especial, han privilegiado los casos de Cartagena, Málaga o Ceuta, y su territorio⁴⁷. De la mano de éstos y recogiendo otras aportaciones que sobre cada uno de los temas comprendidos en esta problemática han ido viendo la luz, ha sido posible la publicación de diversos balances en fechas recientes⁴⁸.

Éstos, de forma genérica, son de algún modo exponentes de un renovado interés hacia esta etapa, fruto del cual han resultado iniciativas como la *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica* (Cartagena, 1998), precisamente dedicada a ésta; o igualmente otras, como el seminario «*Bizancio y la España tardoantigua*» (Universidad de Cádiz, 2001), el Congreso *Bizancio y España (XII Jornadas de Estudios Bizantinos)* (Museo Arqueológico Nacional, 23-25 de junio de 2003), o el reciente seminario «*La Península Ibérica y el Mediterráneo Occidental en sus*

40 CABALLERO ZOREDA, 1994, p. 321-348; 1995, p. 107-124; y más recientemente, 2000, p. 207-247.

41 Excede nuestro espacio recoger todas las aportaciones, remitimos a las comunicaciones recogidas en CABALLERO y MATEOS, 2000.

42 Por orden cronológico, podemos destacar las de RUPP, 1986, p. 155-176; RAUTMANN, 1990, p. 137-166; y ZANINI, 1998.

43 FOSS, 1990; y HAMMOND, 1990.

44 Vid. así entre otros, para los casos de los Balcanes, Italia, Cerdeña, o norte de África, V.V. A.A., 1984; Zanini, 1998; SPANU, 1998 y CORRIAS y COSENTINO, 2002, o FEVRIER, 1983, p. 25-53.

45 DUVAL, 1993, p. 583-640.

46 Vid. así para el Sureste, GUTIÉRREZ LLORET, 1996, abarcando también la etapa islámica; o para el ámbito gaditano, y en su conjunto, andaluz, BERNAL CASASOLA y LORENZO MARTÍNEZ, 2000, p. 97-134 y BERNAL CASASOLA, 2003a, p. 41-68. Para el territorio valenciano, que aquí consideramos sólo en parte, también se ha realizado recientemente el trabajo de MARTÍ MATÍAS (2001).

47 Una muestra de ello son los trabajos que sobre dichas ciudades se recogen en la *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica*.

48 BRAVO GARCÍA, 1999, p. 45-56; RAMALLO ASENSIO y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2002, p. 313-332; y BERNAL CASASOLA, 2004, p. 61-99.

relaciones con Bizancio en la Tardoantigüedad y el Medievo» (V Seminario de Historia, Elda, 2005), que, con sus publicaciones, han dinamizado los estudios sobre el período.

Precisamente, también del interés que está despertando éste da cuenta la reciente celebración de algunas exposiciones, como *Bizancio en España. De la Antigüedad Tardía a El Greco* (Museo Arqueológico Nacional de Madrid, 2003), *Bizancio en Carthago Spartaria. Aspectos de la Vida Cotidiana* (Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, 2005), o *Lecturas de Bizancio. El Legado escrito de Grecia en España* (Biblioteca Nacional de España, Madrid, 2008).

El hecho de que en la actualidad se esté preparando incluso un máster de estudios bizantinos, con lo que ello significa de incorporación definitiva de la materia a los estudios universitarios y en consecuencia, también de formación de investigadores especializados, no hace sino dibujar un panorama prometedor para la bizantinística española, fomentado muy especialmente por la Sociedad Española de Estudios Bizantinos, responsable de muchas de las iniciativas citadas.

Así, poco a poco, esa «etapa oscura», cuyo conocimiento por parte de la arqueología debe tanto a la «luz» arrojada por la trayectoria pionera de figuras como P. Palol, cada vez lo va siendo menos.